

## CAPÍTULO XII

*Pacto que hizo Teodoto, gobernador por Ptolomeo de Celesiria para entregarla a Antíoco. – Subida de este príncipe al trono. – Sublevación de Molón. – Modo de ser de Hermias, ministro de Antíoco. – Opinión de Epígenes sobre la sublevación de Molón no aprobada. – Boda de Antíoco. – Primera campaña de Molón. – Descripción de la Media.*

Transcurrido poco tiempo después de este acontecimiento, Teodoto, gobernador de la Celesiria, de nación etolio, decidió verse con Antíoco y hacerle entrega de las plazas de su gobierno. Dos motivos le movían a esta traición: el uno el poco aprecio que hacía del rey por su liviandad y vida afeminada; el otro, lo poco satisfecho que se hallaba de la corte, pues no obstante de que había hecho poco antes importantes servicios a su príncipe, ya en otra materias, ya en la invasión que Antíoco acababa de realizar contra Celesiria, lejos de remunerarle con alguna gracia,

por el contrario se le había llamado a Alejandría y había estado cerca de perder la vida. Efectivamente, Antíoco abrazó con gusto la propuesta, y en pocos días se arregló el convenio. Pero para proceder con la casa real de Antíoco del mismo modo que hemos hecho con la de Ptolomeo, recorreremos los tiempos desde que este príncipe entró a reinar, y proseguiremos sumariamente la narración, hasta el principio de la guerra que vamos a exponer.

Antíoco, hijo menor de Seleuco Calinico, después que por muerte de su padre entró a reinar su hermano Seleuco, se retiró desde luego al Asia superior, donde vivió algún tiempo; pero muerto a traición su hermano de parte allá del monte Tauro, a donde había pasado con ejército, según hemos mencionado, volvió a ocupar el trono. Confió a Aqueo el gobierno de esta parte del monte Tauro (año -222), y encomendó el mando de las provincias superiores del reino a Molón y a Alejandro, su hermano, de suerte que aquél vino a quedar por sátrapa de Media y éste de Persia.

Estos dos hermanos, llenos de desprecio por la poca edad del rey, fiados de que Aqueo entraría en sus miras, y sobre todo temerosos de la crueldad y perfidia de Hermias, que se hallaba entonces a la cabeza de los negocios, emprendieron desmembrar y sustraer de la dominación de Antíoco los gobiernos del Asia superior. Hermias, cario de nación, gobernaba el Estado, por confianza que de él había hecho Seleuco, hermano de Antíoco, cuando se dirigía a la expedición del monte Tauro. Elevado a tan alta dignidad, envidiaba a todos los otros cortesanos que estaban en alguna altura. Cruel por naturaleza, interpretaba como atroces las más leves faltas y las castigaba con rigor. En los falsos crímenes que con facilidad forjaba y achacaba, se mostraba juez inexorable y severo. Pero lo que más deseaba y anhelaba era perder a Epígenes, que había vuelto a traer las tropas alistadas en favor de Seleuco. Conocía que era hombre de decir y hacer y que tenía gran autoridad entre las tropas; por eso, firme en su propósito, andaba acechando siempre cómo aprovecharse de cualquier motivo o pretexto para malquistarle. Oportunamente se reunió un consejo para tratar de la rebelión de Molón, y el rey ordenó que cada uno dijese su sentir sobre los medios que convenía tomar contra los rebeldes. Epígenes, el primero de todos, opinó de este modo: que sin dilación alguna se pusiese pronto remedio en el asunto, para lo cual debía el rey dirigirse allá ante todas cosas y presenciar por sí mismo los momentos de obrar con ventaja. De este modo los rebeldes o no osarían, a la vista de su rey y de su ejército competente, perturbar el Estado, o dado el caso se atreviesen y persistiesen en su resolución los mismos pueblos los contendrían prontamente y reducirían a la obediencia.

Aún no había concluido de hablar Epígenes, cuando arrebatado de cólera Hermias, dijo: «Mucho tiempo ha que habéis sido oculto enemigo y traidor del reino, pero felizmente os habéis descubierto con el consejo que acabáis de dar, deseando entregar al rey, acompañado de pocos, en manos de los rebeldes». Hermias, satisfecho por entonces con haber dado un bosquejo de la calumnia, despidió a Epígenes, aparentando que más era esto efecto de una dureza intempestiva que de un odio inveterado. Su voto se redujo a desaprobación la expedición contra Molón, ya que, poco instruido en el arte militar, se temía algún riesgo por este lado; pero insistió en que se tomasen las armas contra Ptolomeo, persuadido de que ésta era una guerra sin peligro, a la vista de la indolencia en que el rey vivía. De este modo, atemorizado el consejo, hizo nombrar a Jenón y a Teodoto Hemilio, por conductores de la guerra contra Molón, e incitó sin cesar a Antíoco a que

debía pensar en el recobro de Celesiria. De este solo modo creía que el joven rey, rodeado por todas partes de guerras, combates y peligros, y necesitado de sus servicios, no pensaría en castigar sus delitos pasados ni en removerle de la privanza presente. Por último, fingió que le había llegado una carta de Aqueo y la presentó al rey. Ésta contenía que Ptolomeo instaba a Aqueo a que se apoderase del gobierno, y que él le ayudaría con navíos y dinero para la empresa si tomaba la diadema y aspiraba abiertamente a la soberanía que ya tenía en efecto, pero que, faltándole el título, parecía que rehusaba la corona que la fortuna le presentaba. El rey dio crédito a esta carta, y prontamente se dispuso para la expedición contra Celesiria.

Durante su estancia en Seleucia, cerca de Zeugma, llegó de Capadocia contigua al Euxino el almirante Diogneto, conduciendo a Laódice, hija del rey Mitrídates, doncella que venía destinada para mujer de Antíoco. Mitrídates blasonaba descender de uno de los siete persas que mataron al mago, y de haber conservado la dominación que desde el principio sus ascendientes habían recibido de Darío junto al Ponto Euxino. Antíoco salió a recibir la princesa con un lucido acompañamiento, y celebró sin dilación sus bodas con la magnificencia y aparato propios de un rey. Finalizados que fueron estos festejos, fue a Antioquía, dio a reconocer por reina a Laódice, y después sólo pensó en disponerse para la guerra.

Durante este tiempo, Molón había ya atraído a su devoción todos los pueblos de su gobierno, parte con las esperanzas que les había dado de un rico botín, parte con el terror en que había puesto a los próceres fingiéndoles cartas llenas de amenazas de parte del rey. Había también hecho entrar en sus miras a Alejandro, su hermano, y estaba asegurado de parte de los sátrapas vecinos, cuya amistad había ganado a fuerza de presentes. Con estas precauciones salió a campaña con un poderoso ejército contra los generales del rey. Jenón y Teodoto temieron su venida, y se retiraron a las ciudades. Con esto Molón, a más de que ya era antes formidable por la extensión de su gobierno, dueño ahora del país de los apoloniatas, tenía todo género de víveres en abundancia.

Efectivamente, todas las crías de caballos del rey se hallan en Media. Es infinito el número de granos y ganados que allí se encuentra. Cuanto a la fortaleza y extensión del país, toda ponderación es poca. Porque Media está situada en el corazón de Asia, pero considerada en particular, excede a todas las otras partes en extensión y altura de montañas de que está rodeada. Señorea las naciones más fuertes y populosas. Por el lado de oriente tiene por alledaños las llanuras de un desierto que existe entre Persia y Partia, domina y manda a lo que llaman las *Puertas Caspias*, y confina con los montes Tapiros, próximos al mar de Hircania. La parte que mira a mediodía toca con Mesopotamia y los apoloniatas, parte límite con Persia, y está defendida por el monte Zagro, cuya elevación es de cien estadios. Este monte contiene en sí muchas y diversas concavidades, formadas en parte por cavernas, y en parte por valles que habitan los coseos, corbenses, carcos y otras muchísimas naciones bárbaras, recomendables para el servicio de la guerra. Por la parte de occidente linda con los atropatios, pueblos poco alejados de los que confinan con el Ponto Euxino. Finalmente, al septentrión la rodean los elimeos, aniaraces, cadusios y matianos, y predomina la parte del Ponto que toca con el lago Meótico. De oriente a poniente la cruzan varios montes, entre los cuales yacen campos cubiertos de ciudades y aldeas.